

sos de ideal, preocupados por envolverlo todo en la luz misteriosa de la teología, aquellos hombres no se contentaron con eso. Si todas las cosas del mundo material, los animales y las plantas, las estrellas y las piedras preciosas, los transportaban hacia el mundo invisible, mucho más debían encontrar este sentido ascensional en cada objeto que veían en el templo, los capiteles y los vitrales, las imágenes y los relieves. Los ornamentos mismos con que se vestía el sacerdote para la celebración de los oficios hubieron de someterse a este principio hermenéutico de la alegoría. Ya conocemos su origen histórico; ya vimos cómo ese ropaje, hoy hieratizado, surgió de una antigua indumentaria, salida del salón y de la calle, del palacio y del hogar. Pero más que la historia importaba la mística; y a esa mística divina, que llenaba el ambiente, se encargó de dar ese sentido más alto a cada prenda de la indumentaria sacerdotal. El amito recordaría unas palabras en que San Pablo habla del casco de salud con que debemos cubrir nuestra cabeza contra los asaltos del enemigo; el alba de lino, que se blanquea al sol como el alma se purifica por los rayos de la gracia, significaría la pureza interior, que permite la entrada en el festín de las eternas delicias; el cingulo sería como un llamamiento a la lucha contra las pasiones y a la continencia

que debe brillar en el que reparte el pan de los ángeles; el manípulo, espiritualizando su uso primitivo de pañuelo para el sudor y las lágrimas, significaría el dolor y el trabajo de esta vida, como anuncio de gozo y recompensa; la estola, vendría a ser ahora un recuerdo de la gracia que perdimos por la prevaricación de nuestros primeros padres, pero que, recuperada por la pasión de Cristo, nos permite asistir confiados a sus sagrados misterios; la casulla, finalmente, vestidura preciosa, que se coloca encima de las demás, será una imagen de la caridad, la más alta de las virtudes y la que la encierra y penetra todas. Por eso representa también el yugo de Cristo, yugo santo de amor que hace ligera la carga de la ley.

Estos simbolismos los recuerda todavía el sacerdote cuando se reviste con los ornamentos sacerdotales en las breves plegarias que está obligado a decir entre tanto. No le interesa recordar que un día esas vestiduras fueron adorno de los patricios en el foro; sólo ve en ellas, desde Amalario, el liturgista del siglo IX, y, sobre todo, desde los expositores de la misa en el siglo XIII, ese significado más alto, ese valor de teología, esa exhortación espiritual, que le habla de pureza y santificación, de combate y de gloria.

